

Debate: Feminismos y Antirracismos. Tensiones, desafíos y potencias de un activismo posible



Gabriela Mitidieri
(IIEGE) / Revista Mora

Presentación

1. En la introducción a su libro acerca de estrategias de resistencia y movilidad social de mujeres negras entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, la historiadora estadounidense Erika Edwards cuenta su experiencia de investigación en la ciudad de Córdoba.¹ Como mujer afrodescendiente, invitaba a aquellxs con quien iba trabando relación a referirse a ella como “negra”. Pronto entendió que su vivencia de la raza forjada en EE.UU., una experiencia de afirmación identitaria que se nutrió de la historia de lucha por los derechos civiles de la comunidad afroamericana, era diferente a esta que comenzaba a conocer en tierras argentinas. Sus interlocutores argentinxs aceptaban su invitación, pero pronto iban distanciándose de esa manera de nombrarla. Edwards concluyó que resultaba ineludible observar la carga negativa, peyorativa, incluso insultante que existía en torno a la negritud en Argentina. A diferencia de las formas de racismo estadounidenses, en Córdoba ella se encontró con unas formas elusivas, eufemísticas que parecían ir de la mano con un proceso histórico de invisibilización de lxs afroargentinxs. Ese arraigado mito de que “no hay negrxs en Argentina”, ya que aparentemente todxs habrían dejado de existir durante el siglo XIX, en algún momento entre las guerras de independencia y la epidemia de fiebre amarilla (1871).
2. En una desafortunada alusión a una canción de Litto Nebbia, el 9 de junio de 2021 el presidente Alberto Fernández afirmó que “los argentinos bajamos de los barcos”. Hacía referencia a otro mito muy caro a la identidad argentina, ese que presenta a la inmigración europea como el puntapié de la nación. Un aluvión de población mayormente europea que se asentó sobre el “desierto”, que habría barrido de un plumazo el recuerdo de amas de leche negras, de *chinas* que migraban a la ciudad, de artesanos pardos, de soldados trigueños, de caciques y sus familias, quienes ahora se volverían objeto de análisis museológico, asociados a un pasado en vías de extinción. Como estudiosa del siglo XIX, conozco las pervivencias y las resistencias de aquellxs a quienes quiso conjurarse como “barbarie”. Sin embargo, después de indignarme con Alberto, reparé en que al pensar en mis ancestros siempre viene más veloz a la evocación el recuerdo de Pepi, mi abuela gallega. O de mi

¹ Erika Edwards, *Hiding in Plain Sight. Black Women, the Law and the making of a White Argentine Republic*. University of Alabama Press, 2020.

abuelo Oscar, hijo de sicilianos. Y tarda un poco más en aparecer mi abuela Luisa, correntina y creo yo que también un poco guaraní, a quien trajeron a la ciudad de Buenos Aires de pequeña para trabajar de sirvienta. Me pregunto, entonces, por el color de mi memoria.

3. “¿Es extranjero, importado, europeo, el feminismo? Yo creo que no lo es, porque creo que, en realidad, las ideologías emancipatorias nacieron de la experiencia de la opresión”, dice Alejandra Ciriza en un video que condensa los múltiples aportes que nos dejaron las últimas Jornadas de Historia de las Mujeres pre pandemia en Mar del Plata.² En una entrevista reciente a la *weychafé* Moira Millán, la lideresa mapuche reflexionó sobre lo difícil que ha sido lograr incorporar a la agenda feminista las demandas en defensa del cuerpo-territorio de las mujeres indígenas.³ Los cuatro textos que componen esta sección pueden leerse como evidencia de que ambas afirmaciones, la de Millán y la de Ciriza, atraviesan la experiencia del activismo feminista antirracista en nuestro país. El feminismo como praxis, como herramienta, como punto de encuentro y voluntad de agenda común. Pero también el feminismo como movimiento en el que se perciben jerarquías, borramientos, tensiones irresueltas. El feminismo como coalición potente y precaria a la vez. Se trata quizás de pensar que el feminismo o los feminismos que construimos heredan la forma peculiar, históricamente específica, del racismo argentino, ese que silencia historias, ese en el que cuesta enhebrar discusiones profundas sobre el color como marca, como estigma —que puede negociarse, que puede emblanquearse al portar “credenciales” asociadas con la blanquitud—. El color como indicio opaco en un relato histórico emblanqueado, que sigue organizando de modo vertical las relaciones sociales, el acceso a los recursos, la audibilidad de ciertas voces. El feminismo, estos feminismos nuestros, tal vez hayan replicado gestos de corrección política progresistas que asumieron que la mejor manera de ser antirracista era lisa y llanamente no mencionar el asunto. Pero quizás, a diferencia de otros movimientos, la praxis feminista vuelve insoslayable hablar de aquello que duele, que molesta, que incomoda. Volver político lo personal implica señalar en primera persona la especificidad de una experiencia signada por la exclusión. En ese sentido, más que hablar de interseccionalidad en abstracto, lxs autorxs de los textos vuelven tangible la manera en la que se entrelazan relaciones de género, raza, clase, edad, lugar de residencia, condición migrante, en sus vivencias políticas. Y ponen sobre la mesa cómo sus activismos feministas y antirracistas conviven en una tensión que unas veces los potencia y que otras es motivo de desconfianza y repliegue para quienes ponen el cuerpo entre dos luchas.

El texto de Sandra Chagas de la colectiva Matamba LBTIQ+ enhebra momentos significativos a partir de los cuales esta grupalidad sedimentó un modo de pensarse en la lucha. Se trata de momentos que reverberan en diferentes planos temporales y espaciales. La ligazón que los une también dibuja un mapa que es, a la vez, línea de tiempo e hilo de vida con el pasado. Así, la reflexión sobre la ausencia de historia negra, afrodescendiente, afroindígena en la currícula educativa oficial se enlaza con los silencios sobre la responsabilidad de multinacionales extractivistas en los asesinatos de lideresas indígenas o la complicidad política en la muerte de referentes negras. Aparece en sus palabras la noción de un dolor ancestral que trasciende la propia vivencia y que es lazo con el horror de un sistema esclavista. Pero que también resuena en forma de resistencia puesta en acto en las reuniones de *candomberxs* que recorren el sur de la ciudad cada año. En sus palabras se logra entrever tanto

² #DebatesFeministas 2. Feminismos en América Latina. Realizado por el Grupo Género UNMDP. <https://www.youtube.com/watch?v=nhFBQ5Zo3HU>

³ <https://www.elextremosur.com/nota/26191-moira-millan-el-movimiento-feminista-es-indiferente-a-lo-que-pasa-con-los-cuerpos-territorio-de-las-mujeres-indigenas/>

la importancia que para sus miembros tuvo la construcción de un espacio específico para mujeres y compañerxs LGTBIQ+ dentro del movimiento afro en Buenos Aires, como las dificultades y desafíos que implicó su participación dentro del movimiento feminista.

Natacha A. Giusto Laureano y sus compañerxs del Bloque Antirracista de Rosario comparten impresiones semejantes al señalar que “los desafíos consisten, también, en ir a buscar los espacios que nos fueron negados, en ocupar esos espacios para encontrarnos con otros y construir en grupo [...]”. Pero remarcan que no cualquierx puede efectivamente contar con el tiempo que demandan esas construcciones: “Y si no podemos encontrarnos para construir en esa grupalidad es porque tenemos jornadas laborales larguísima y precarizadas, porque nos han querido aislar, despojándonos de todo, incluso de nuestras raíces”. Invitadx a repasar su propia historia como grupalidad, revisan sus experiencias e interpelan de manera contundente: “El feminismo en el que empezamos a militar, es blanco, con suerte lésbico y pocas veces de barrio. [...] El feminismo popularizado por los medios de comunicación es racista, clasista y privilegiado [...] nosotres no tenemos lugar en el feminismo hegemónico”.

¿De qué manera hacerse lugar? La apuesta de Chana Mamani y Gabriela Ortega, compañeras de Identidad Marrón, aparece como una estrategia de visibilidad que confronta ciertos puntos ciegos del feminismo. Hacer lugar, mostrar, llamar a oír esas voces otras. En el texto que elaboraron para esta sección, dos imágenes resuenan con fuerza para acercarnos a su modo de hilvanar cruces entre activismos. La primera imagen se arma de la recuperación del vínculo entre comadres y de la fiesta andina denominada *Jueves de Comadres* para proponer un *comadrismo antirracista*. Una amistad femenina hecha lazo de parentesco, obligación, cuidado y responsabilidad recíproca. Un tándem que condensa sentido comunitario, que enlaza cuerpo con territorio, y que se lleva consigo al migrar.

La segunda imagen aparece en su reflexión acerca de la intervención gráfica que realizaron como Identidad Marrón, sobre la que fuera la tapa del libro de Luciana Peker *La revolución de las hijas*. Allí, editaron digitalmente aquella tapa para situar en la gráfica a distintas compañeras marronas, de ascendencia indígena, portando pañuelo verde abortero. Aparece como una impugnación a esa falta de lugar, a ese feminismo popularizado por los medios de comunicación del que habla el texto del Bloque Antirracista de Rosario.

En su escrito, Mariana Brito Olvera, quien forma parte de Ni Una Migrante Menos y del Bloque de Trabajadorxs Migrantes, repasa su experiencia en las jornadas que acompañaron la sanción de la ley de aborto legal, seguro y gratuito en Argentina. Para la autora oriunda de México, como muchos otros países, la Argentina privilegia la blanquitud y, por ello quienes se alejan de ese ideal se ven enfrentadas a situaciones de racismo o exotización de sus cuerpos. Lidar cotidianamente con ese tipo de violencia hizo aparecer al feminismo como patria (¿matria?) común con otrxs afines. Dice Mariana: “Es por ello que, en un lugar donde constantemente te recuerdan tu condición de fuereña, integrarnos al movimiento de mujeres y disidencias ha sido crear un sentido de pertenencia”.

Este conjunto de textos no pretende dar cuenta de la totalidad de reflexiones que suscitan los cruces posibles o las tensiones irresueltas entre feminismos y lucha antirracista en nuestros territorios. Es una invitación a pensar de manera situada el tenor de estos cruces en un país que no termina de hacerse cargo de su propio racismo y su historia. Es también una invitación a hacerlo en un momento en el que el resurgir de conservadurismos puede volvernos tentadx a no poner sobre la mesa discusiones “entre nosotras”, bajo pretexto de no hacerle “el juego a la

derecha". La enseñanza que parecen dejarnos los textos es que el precio que se paga cuando las discusiones no se abordan y los espacios no se pluralizan es que el movimiento se deshilacha, se empequeñece, se vuelve igual de funcional a esa reacción que dice querer enfrentar.